

ÉTICA DEL DESARROLLO HUMANO*



http://1.bp.blogspot.com/_Lzcx9FY1P10/TKak99PqT8U/AAAAAAAABIM/cz1-QTxs-yk/s1600/globalizacion.jpg

Alberto Parra Mora, S. J. Ph. D **

Recibido: 5 de julio de 2010 Aprobado: 10 de agosto de 2010

Quaestiones Disputatae	Tunja Colombia	N° 7	Ética del desarrollo Humano	49 - 62	2010	julio-diciembre
------------------------	----------------	------	-----------------------------	---------	------	-----------------

Resumen

Este artículo es una contribución al tema central del Primer Congreso de Ética y el Desarrollo Humano programado por el Departamento de Humanidades de la Universidad San Tomás de Tunja. Es un acercamiento crítico a nuestra historia bicentenaria como nación colombiana -en el marco del Bicentenario de la Independencia- en tres momentos: El desarrollo en nuestra primera nacionalidad, el desarrollo de nuestro 'subdesarrollo' y el desarrollo en el modelo imperante neoliberal y global actual. En efecto, como “conciencia histórica y compromiso político” se puede asumir una

actitud crítica ante el Neoliberalismo internacional, de cara al 'libre mercado' y postularse, finalmente, la integración Sur-Sur, como el esperanzador llamado para re-crear la Utopía incluso en los momentos más difíciles como el que se está viviendo.

Palabras clave:

Ética, desarrollo humano, subdesarrollo, neoliberalismo, globalización, libre mercado, integración.

**Este artículo es producto de las investigaciones que el autor adelanta en el campo de la filosofía y de la ética. Fue presentado como ponencia en el I Congreso de Ética y Desarrollo humano organizado por el Departamento de Humanidades de la Universidad Santo Tomás de Tunja, en agosto de 2010.*

***Doctor en Teología. Profesor titular de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Contacto: Alberto.parra@javeriana.edu.co*



ETHICS OF HUMAN DEVELOPMENT*

Abstract

This article is a contribution to the central topic of the First Congress of Ethics and Human Development organized by the Humanities Department at Santo Tomás University in Tunja. It is a critical approach to the Bicentennial history of our Colombian nation, in the frame of the Bicentennial of the Independence, proposed in three outstanding moments: The development in our first nationality, the development of our 'underdevelopment' and the development in the prevailing current neoliberal and global model.

In fact, from a 'historical awareness and political commitment' it is possible to assume a critical attitude towards international Neoliberalism, facing the 'free market' and finally, the integration South to South, as hope called to re-create the Utopia, even in the most difficult moments we are going through.

Key words: Ethics, Human Development, Underdevelopment, Neoliberalism, Globalization, Free Market, Integration.



L'ÉTHIQUE DU DÉVELOPPEMENT HUMAIN*

Résumé

Cet article est une contribution au thème principal du premier Congrès d'Éthique et de Développement Humain programmé par le Département de Lettres de l'Université « Santo Tomas » (Saint Thomas) de Tunja, en Colombie. C'est un rapprochement critique de notre histoire bicentenaire en tant que nation colombienne - dans le cadre du bicentenaire de l'Indépendance - en trois événements : Le développement au sein de notre première nationalité, le développement de notre 'sous-développement' et le développement dans le modèle

néolibéral et global actuel qui règne. En effet, comme "conscience historique et engagement politique", on peut assumer une attitude critique face au néolibéralisme international, face au « libre marché » et, enfin, voir en l'intégration Sud-Sud comme étant l'appel d'espoir pour recréer l'Utopie, même dans les moments les plus difficiles tels que celui que l'on vit actuellement.

Mots clés: éthique, développement humain, sous-développement, néolibéralisme, mondialisation, libre marché, intégration.

Introducción

Agradezco con sinceridad a las directivas del Congreso por confiarme esta comunicación; por permitirme alternar en la cátedra con personalidades de excepción que son ponentes; por apelar a nuestra “*conciencia histórica y compromiso político*” con ocasión del Bicentenario; por encauzar nuestro pensamiento hacia la “*Ética y el Desarrollo Humano*”; en fin, por acogernos en este claustro colonial y centenario de los hijos y seguidores del gran Padre Santo Domingo de Guzmán y bajo el patrocinio del teólogo de todos los tiempos, el eximio Santo Tomás de Aquino.

Fue él, Santo Tomás, quien tomó el agua de Aristóteles para convertirla en vino mediante la elaboración teológica. Y fue Aristóteles, como bien sabemos, quien situó su tratado de *Ética*, no en el tratado de *Metafísica* y ni siquiera en el de *Política*, sino en el de *Lógica*, para establecer, a partir de ese mismo hecho, que la *Ética* pertenece a la *Lógica* y que, entonces, el predicado ético corresponde al acto, a la actuación y a la actividad humana que puedan reclamarse al uso legítimo de la razón y ahí fundamentarse y legitimarse. Digamos de paso que la fisonomía teológica de la moral cristiana —como la elaboró Santo Tomás— no desfasa la naturaleza lógica de la *Ética*, sino que le ofrece principios de origen y fundamentaciones teológicas y antropológicas que se sitúan —quizás más acá o más allá de la racionalidad de la *Ética* misma.

Pero la fuerza de la logicidad de la *Ética* explica que los más notables cultores de la razón hayan sido y sean también autores de los más representativos tratados de *Ética*: desde Bacon, Descartes y Spinoza, hasta Kant, Hegel, e incluso Rawls, Habermas y Taylor hoy.

Ahora bien, esta comunicación en el *Primer Congreso Nacional de Ética y Desarrollo Humano* no quiere inspirarse ni alimentarse en ninguno de los tratados previos de la *Ética*. Quiere más bien preguntar a la desnuda *realidad real* por la razón o sinrazón de los estadios históricos y de los modelos concretos que han acompañado nuestro difícil proceso de *Desarrollo Humano* y social en la nación bicentenaria. Sólo a partir de ese inquirir previo en la desnuda *realidad real* nos es dado establecer la *Ética* o la *anti-Ética* de nuestro desarrollo, en concreciones que resulten más analizadas que teorizadas.

Al fin y al cabo fue Santo Tomás el que nos enseñó con su práctica a no atrevernos a levantar lecciones (*lectio*), si no es a partir de las inquietantes y dramáticas cuestiones (*quaestio*). Separar las *lectiones* de las *quaestiones* constituye actualmente el drama de la Academia cuando, por ejemplo, levanta lecciones teóricas de *Ética del Desarrollo* o de mil tópicos más, sin pre-comprender, pre-sentir y pre-conceptuar la pregunta dramática que lanza a la Academia la *realidad real* en su bruta situación y concreción.

Debo advertir, además, que esta comunicación de hoy no suscribe los planes disyuntivos como *Ética del Desarrollo Humano* y *Ética del desarrollo social y económico*. No porque esos planos no sean distinguibles, sino porque son de todo inseparables, según la visión paradigmática del Papa Pablo VI en su admirable Encíclica *'Populorum Progressio'* (“*El desarrollo de los Pueblos*”):

Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos; en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más: tal es la aspiración de los hombres de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven condenados a vivir en condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo. Por otra parte, los pueblos llegados recientemente a la independencia nacional sienten la necesidad de añadir a esta libertad política un crecimiento autónomo y digno, social no menos que económico, a fin de asegurar a sus ciudadanos su pleno *desarrollo humano* y ocupar el puesto que les corresponde en el concierto de las naciones (pp. 6).

Con tales anotaciones iniciales, el plan de esta comunicación académica quiere seguir un triple movimiento: 1) El desarrollo en nuestra primera nacionalidad; 2) El desarrollo en la forma del 'subdesarrollo' hacia el desarrollo; y 3) El desarrollo en la forma actual del Neoliberalismo internacional y global. Me permito rogar su simpatía y reflexión para estos tres momentos.

1. Desarrollo en nuestra primera nacionalidad

Muchas veces se ha subrayado que el momento de la España que nos conquistó era de tránsito hacia la unificación nacional por el pacto de Castilla y de Aragón, la reconquista de Granada y la expulsión de los moros, y que la religión católica de Contrarreforma operó como aglutinante y cohesionador.

Pero no se dice que la monarquía absoluta recién inaugurada en la España de 1492 fue factor de transición entre el valor de uso y el valor de cambio, es decir, entre una economía basada en la agricultura feudal de amos y de vasallos, de dueños y de aparceros, a una economía de incipiente capitalismo basada en el dinero, en el mercado no de productos sino de capitales y en la incipiente lógica comercial de la oferta y la demanda.

Por eso, aunque no puedan probarse nexos de causalidad entre el capitalismo y la empresa del descubrimiento, sí hay que convenir en nexos de estrecha concomitancia. Ciertamente, en las carabelas de Colón llegaron hasta nosotros no sólo la lengua, la monarquía absoluta y la fe

católica, sino la estructura económica capitalista, incipiente sí, pero inexorable. Los orígenes reales de una economía capitalista –naciente y ya defectuosa- la sorbimos con la primera leche de nuestra colonización y evangelización.

Hace 500 años llegaron aquí los sedientos de oro con cédulas reales y bulas papales que los mostraban como nuevos dueños de las tierras paeces y guambianas, caribes y motilonas, chibchas y quimbayas. Gustavo Gutiérrez (1988) ha mostrado que no tanto Dios sino el oro de las Indias fue la lógica fundante de la Conquista y dominación de mexicas y mayas, de incas y araucanos. Y Don Luis López de Mesa (1975) en su memoria “De cómo se ha formado la nación colombiana” dejó escrito:

Lo primero en acuciar la marcha de los conquistadores por entre las selvas de este horno tropical y los ventisqueros de los páramos hirsutos fue la recolección del oro. Los grandes mitos del oro los enardecían hasta el frenesí del heroísmo. El tesoro de El Dorado juntó en la Sabana de Bogotá los restos de tres magníficas expediciones, llevó a la exploración del territorio oriental de la República hasta los últimos rincones y de su ensueño equivoco surgió el país. El tesoro de Dabeiba les hizo cruzar la manigua pantanosa del Darién, trepar por la inalcanzable Serranía de Abibe, descender al rudo cañón del Cauca medio por el norte, o llegar desde Perú, sin que hoy sepamos cómo pudo ello acaecer, para descubrir y poblar el occidente colombiano, inclusive la arriscada Antioquia (p. 129).

En ese escenario se practicó nuestro gran desalojo, que el mismo López de Mesa (1975) registró así en los anales colombianos:

Cuando los conquistadores iberos llegaron a lo que habría de ser el Nuevo Reino de Granada y más tarde la República de Colombia, este país representaría una riqueza 'nacional' de unos cincuenta millones de pesos. Aquellos peregrinos del hambre de la redención y de la gloria, semisalvajes y semidioses a un tiempo, despojaron a los aborígenes de treinta millones de pesos de oro físico, de plata, esmeraldas y perlas que estas pobres criaturas habían acumulado para su adorno y complacencia, para sus trueques e incipiente economía. Les robaron además el dominio de un millón quinientos mil kilómetros cuadrados de territorio y no menos de cien mil mujeres para su placer y comodidad. Veinte mil conquistadores, en nombre de Jesús Nazareno y de Doña Isabel de Castilla o de sus directos sucesores, cometieron una expoliación bastante reñida con las más altas prescripciones de la honradez y de la caridad (p. 128).

Los conquistadores españoles y los piratas ingleses y holandeses expoliaron, acumularon y traficaron en el mercado de capitales el oro de Pamplona y la plata de Mariquita, las perlas de Riohacha y las esmeraldas de Muzo. Sólo que los conquistadores que se asentaron en nuestro territorio retornaron al consabido sistema feudal, ligado a la producción agraria en haciendas y latifundios, servidos por esclavos y aparceros, jornaleros y campesinos.

Las riquezas que se esfumaban de las entrañas de nuestras minas eran '*compensadas*' por las cerdas traídas al Valle del Cauca por los expedicionarios de Belalcázar y por la caña de azúcar introducida por Heredia. O por el banano llegado del Caribe a nuestra Costa Atlántica. O por el ganado mayor introducido por el gobernador Lugo en Valledupar y en las sabanas de Bolívar. O por el trigo, la cebada, los garbanzos, las habas, las arvejas y cebollas que Cundinamarca y Boyacá deben al licenciado Jerónimo Lebrón.

En ese feudo agrario y premoderno floreció el sistema de la encomienda, bajo la intervención total del Estado español que reglamentó, apropió y explotó los recursos económicos. Los impuestos de alcabala, de puerto, de bodega, de caminos reales, los quintos y los diezmos, los donativos, la media anata, la mesada eclesiástica, las bulas de Cruzadas significaron verdadera exportación neta de riqueza y de capitales a la metrópoli colonizadora. En los repartos, los indios y los negros del Nuevo Reino pagaron con sangre y con trabajo un poco de comida y mucho adoctrinamiento domesticante.

Por eso, en el ocaso de la Colonia, Don Antonio Nariño (1795) pudo registrar:

Los habitantes de la Nueva Granada son los más pobres de América. Nada es aquí más común que ver una familia andrajosa, sin un real en el bolsillo, habitando una choza miserable, rodeada de algodones, canelos, cacao y otras riquezas, sin exceptuar oro y piedras preciosas.

Tanto fue así, que el proceso mismo de nuestra Independencia propendió inicialmente, como afirma Alfonso López Michelsen (1974), más por un nuevo ordenamiento económico, antes que por una emancipación política:

La Constitución de Cundinamarca de 1811, por medio de la cual se establecía el sistema monárquico de gobierno y se reconocía a Fernando VII como legítimo Rey de los cundinamarqueses, prueba de modo incontrovertible que el primer impulso de los granadinos no se encaminó a obtener la independencia política de España, sino una transformación económica y social de mucho más vasto alcance (p. 138).

“¡Muera Napoleón, viva el Rey, abajo el mal gobierno!” fue la versión –quizás la verdadera del que hemos convenido en llamar ‘grito de Independencia’, que más propendía por el cambio de la sinrazón social y económica, antes que por la autonomía política del Virreinato. Y es timbre de gloria que las ideas revolucionarias de la incipiente Modernidad motivaran a criollos y a patriotas para subvertir el régimen social y económico imperante, gracias al estímulo intelectual y a la racionalidad ética que patriotas y próceres bebieron en las Facultades de Derecho y Leyes, de Cánones, de Filosofía y de Teología en los Colegios del Rosario, de Santo Domingo y de San Bartolomé.

Sólo que, al liberarnos del yugo colonial español, caímos bajo la dominación del capitalismo europeo, en la lógica del capitalismo inglés, cuya teoría del ‘libre cambio’ se impuso aquí, como en todas las Américas. Bolívar mismo denunció la injusticia atroz de nuestra situación comercial en su carta a Santander desde Potosí (Bolivia), el 27 de octubre de 1825:

El tratado de amistad y comercio entre Inglaterra y Colombia tiene la igualdad de una balanza que tuviera de una parte oro y de la otra plomo. Vendidas las dos cantidades se vería si son iguales. La diferencia que resulta sería la igualdad necesaria que existe entre un fuerte y un débil (1951: T. II, p. 260).

Y es porque la economía capitalista, tanto en su versión de organización de recursos con ordenamiento a fines, como en el que hoy se conoce como libre juego espontáneo e imprevisible de recursos y bienes, hace una inexorable división del trabajo por el cual los países atrasados resultan ser exportadores de alimentos y de materias primas, y mantiene con celo la dependencia de los débiles, que se origina en los centros de capital y de manufacturación mediante el control comercial y financiero.

Así, Colombia desde su primera época republicana y en pleno auge de la teoría de las ventajas comparativas:

- Ensayó el cacao como producto básico de su ‘libre comercio’, hasta que el control a sus exportaciones situó los precios a voluntad del capital;
- Ensayó el algodón hasta que la hora de los sintéticos señaló su eclipse;
- Ensayó el tabaco santandereano, caucano y bolivarense, hasta que la competencia internacional y los controles impositivos en los países industrializados lo situaron en desventaja;
- Ensayó el cuero y las pieles, y después de arrasar literalmente nuestra fauna, volvimos a ‘quedar en cueros’;
- Ensayó el banano de Urabá y de la Costa Atlántica, hasta que una tristemente célebre transnacional cargó con todas las ventajas y nos dejó ‘cien años de soledad’, pobreza y desempleo;
- Ensayó el café, leal amigo y símbolo de Colombia en el mundo, hasta el momento del vaivén de su precio por los manejos de tostadores y

- acaparadores internacionales;
- Ensayó el procesamiento y exportación ilegal de la hoja de coca y el cultivo de la amapola, hasta el momento en que nos vimos forzados a ser gendarmes sin sueldo de la 'doble moral' internacional, que valora con una medida la producción y con otra el consumo.

La tesis del '*libre comercio*', si no es una contradicción en términos teóricos, nació como notoria contradicción ética en su práctica.

“¡De malas!”, diría Friedrich August von Hayek –defensor a ultranza del capitalismo neoliberal– para nuestro consuelo. Porque el mercado es un juego de azar en el que están previstas las reglas, pero no los resultados. Y el juego espontáneo e imprevisible produce ganadores y perdedores, sin que a los perdedores les sea dado recurrir al subterfugio de la '*justicia social*', o ensayar quejas por la redistribución de resultados en un juego que perdieron. Hay que volver a jugar.

Por eso, de la órbita económica inglesa y francesa a la que perteneció la naciente República de Colombia –ya madura nuestra nacionalidad– nos lanzaron a la órbita geo-económica del 'vecino del Norte'. Y la diferencia entre el colonialismo inglés y el norteamericano consiste en que Inglaterra necesitaba fundamentalmente víveres y quería reducir a los países de América Latina a la condición de apéndice agrario. Estados Unidos produce víveres en cantidad suficiente e incluso exporta. A diferencia de Inglaterra, lo que necesita es materias primas industriales y combustibles, no por carecer de ellas sino para conservar sus recursos y abastecerse de materia prima barata en otras regiones del mundo. Entonces, en pleno auge industrial y empresarial, salimos de los marcos agrarios y nos lanzamos a vender o entregar en concesiones:

- El oro de Antioquia, de Chocó y de Caldas.
- Las esmeraldas de Muzo y de Somondoco (Boyacá).
- Las perlas de la Isla Gorgona.
- El petróleo del Casanare, del Putumayo y del Meta.
- El hierro de Tenza y de Samacá (Boyacá).
- El azufre de nuestros volcanes.
- La manufacturación barata de nuestros textiles, papeles, cueros y pieles, aceites y grasas.

Y creamos empresas navieras y aseguradoras, petroleras y textileras, carboníferas y de cementos, financieras y comercializadoras, hasta poder hacer cada semestre un índice analítico de "*Las cien empresas más grandes de Colombia*", como lo hace desde años atrás la Revista Semana.

El simple cruce de variantes que presenta esa Revista demuestra, sin excesiva ciencia, que nuestra etapa de creciente industrialización desemboca en

concentración del ingreso, de las utilidades, de los bienes y servicios, comodidades, educación, posibilidades y oportunidades: "*Colombia es una nación con economía próspera, sobre una sociedad en la miseria: el 75% de la población recibe apenas el 25% del ingreso*", según Alberto Mendoza Morales en: "*La Colombia posible*" (1980, p. 68). La concentración económica es, pues, de tal magnitud, que el 85% de las empresas está controlado por "*los grandes cacao*s" en cinco grupos empresariales y financieros. Es extraño que el azar y la fortuna en el juego del mercado recaigan en los ganadores de siempre y excluyan a los perdedores de todas las veces.

Por eso,

Aparecen bajo el mismo cielo dos naciones, sobre la misma tierra dos pueblos: una Colombia es así, porque la otra es como es. La Colombia moderna, industrializada, la forma una minoría opulenta, viajada, bien vestida, que tiene que hacer dieta para no engordar, controla artificialmente los nacimientos, pasa vacaciones en el exterior, habita casa suntuosas, trabaja en oficinas cuyo diseño y confort envidiaría un suizo, y sus índices económicos florecen. Al lado, mora la otra Colombia, arcaica, rústica y oscura. La conforma la mayoría pobre, restringida en sus posibilidades, mal vestida, mal comida y flaca; denuncia el hambre su físico desgarrado, su cara mustia, el brillo angustiado de los ojos inquietos, los altos índices de natalidad por medio de los cuales se defiende misteriosamente la especie de la extinción al reproducirse tumultuariamente, vive en ranchos, toma agua sucia, toda su apariencia denuncia violentamente los estragos que hace la miseria en esos organismos. Grupo marginado, presenta bajísimos índices sociales y vitales (Mendoza M., 1980, pp. 73-74)

En ese dramático husserliano "mundo de la vida" –*de la anti-vida!*– hay lugar para quienes separan "lo que Dios ha unido", y declaran que las reglas absolutas del juego económico nada tienen que ver con la relación social, con la Ética, con la moral, con la justicia, mucho menos con asuntos de teología. Más todavía: las corrientes ideológicas de la secularización y de la 'nueva Derecha' obran como elemento justificador de las prácticas económicas liberales que operan sin arreglo alguno al orden moral y a la justicia con los más débiles. Esas ideologías, al fundamentar la autonomía del orden secular, resultan concretamente aliadas de ciertos sistemas económicos para dejar las manos libres a sus beneficiarios. "*Política es política, negocio es negocio, técnica es técnica, ética es ética y religión es religión*", son expresiones que hoy dan nuevo oxígeno a las teorías luterano-calvinistas de 'los dos reinos', de la fe independiente de las obras y de la justificación individualista del hombre por la fe sola y escueta, intimista y privada.

Detrás de la afirmación cierta de que el mundo y la historia, las ciencias y sus métodos son seculares en nombre de Dios y de la fe, se agazapa una contrapartida a nuestra honda experiencia de cristianos y de latinoamericanos, para quienes los procesos de liberación económica, política y social pueden y deben hacerse como exigencia ineludible, ciertamente de la razón, pero sobre todo de la fe y del amor que brotan del fiel seguimiento de Jesús.

2. El desarrollo de nuestro 'subdesarrollo'

El término '*Liberación*' tiene entonces hoy un sentido cierto y preciso en el diccionario mundial. Con él se nombra desde hace décadas el propósito humano y cristiano de los movimientos de obreros y estudiantes, de los encuentros internacionales sobre dialéctica de la emancipación, así como de las corrientes filosóficas, sociológicas y teológicas que reinterpretaron la teoría de las alineaciones en términos de *teoría de la dependencia*, con la que verificaron los graves fenómenos y causas históricas de la dependencia y propusieron como contrapartida la *teoría y la práctica de la Liberación*.

En su sentido primario, que es económico y social, el término '*Liberación*' designó ese gran movimiento social y mundial enderezado a contrarrestar los resultados funestos arrojados por las corrientes desarrollistas que se implementaron tras la segunda guerra para la reconstrucción de Europa, y que se ampliaron luego, en los años 60, a los países 'subdesarrollados' del llamado Tercer Mundo.

En efecto, si el célebre Plan Marshall había logrado que Europa se levantara de sus cenizas, entonces las prácticas y teorías del Desarrollo podrían vislumbrarse también como conducentes a la superación del subdesarrollo de los '*terceros mundos*' en general, y de América Latina, en particular. El camino trazado comprendía la transferencia de capitales extranjeros, el incremento del comercio exterior, y el suministro de tecnología que sustituyera los arcaicos sistemas de explotación y de comercialización. Sólo así sería dado avanzar hacia la estabilidad política, al mejoramiento de los servicios sociales y al encaminamiento de los países atrasados en dirección de las metas e ideales de las sociedades económica y técnicamente desarrolladas.

Ese recetario de la farmacia 'desarrollista' es el mismo que proponen las actuales corrientes del Neocapitalismo económico, del Neoliberalismo ideológico y de la nueva Derecha política, tras el llamado derrumbe de los 'muros' y de las 'ideologías', a lo cual habremos de referirnos más adelante. Pero la cara oculta del sol del desarrollismo ha revelado siempre que los núcleos industrializados y tecnificados del Primer Mundo —países o transnacionales— están económica y políticamente interesados en la vigencia del actual

ordenamiento económico y social que, por inexorabilidad, produce centros y periferias. Son las periferias las que procuran a los centros la inmensa mayoría de las materias primas que elabora el mundo técnico. Y el acumulado capitalista del mundo rico resulta proporcional con los precios ínfimos de las materias primas y de la mano de obra barata que se contrata en los fondos del 'subdesarrollo', en comparación con los exorbitantes precios de los productos manufacturados, de los servicios y de los bienes de capital y de equipo transferidos al submundo.

La teoría y práctica del Desarrollo ha revelado también que la transferencia de capital al mundo pobre se grava con altísimos intereses, señalados a voluntad por los prestamistas internacionales. Como para explicarse el actual índice de endeudamiento de los países, para los que el producido global de su gestión económica resulta gravemente hipotecado al intolerable servicio de la deuda externa. La importancia de capitales y de tecnología y el comercio exterior del mundo pobre se realiza en condiciones muy desventajosas y terriblemente injustas, y conduce a ulterior empobrecimiento, a la imposición de políticas económicas y sociales impuestas por los ricos para los más pobres; al holocausto de la propia identidad de estos, de las metas propias, de intereses y culturas, de sus cosmovisiones y procedimientos en el altar del 'desarrollo capitalista'.

Así, el desarrollo degeneró en desarrollismo, retratado sin equívocos en la entrañable Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín (1968):

Los desarrollistas se ocupan preferentemente de los medios de producción, que según ellos deben ser modificados en calidad y cantidad. Atribuyen gran valor a la tecnificación y al planeamiento de la sociedad. Sostienen que el pueblo marginado debe ser integrado en la sociedad, como productor y consumidor. Ponen más énfasis en el *progreso económico* que en la promoción social del pueblo, en vista de la participación de todos en las decisiones que interesan al orden económico y político (Justicia 7,7).

El modelo desarrollista, adoctrinado en las escuelas extranjeras de economía e implementado luego con servilismo por las élites nacionales ilustradas, arroja por resultado un '*progreso*' que beneficia a quienes de fuera o de dentro de los países pobres tienen capital, lo invierten, producen tecnológicamente, comercian, son dueños de los medios de producción, contratan mano de obra con sueldos de hambre, y entonces procuran mantener la '*estabilidad*' económica y social al servicio de sus propios intereses.

En un esquema desarrollista el pueblo empobrecido sube, a veces, una grada en la escala, ya no del bienestar sino de la subsistencia, sin jamás superar su condición subalterna, dependiente, de explotado a sueldo.

En el interior de cada uno de nuestros países se reproduce un sistema de mayorías nacionales empobrecidas, y de pequeñas que detentan los bienes de producción y los resortes del Poder político y se constituyen en enlaces nacionales de los imperialismos internacionales. La logística y la geopolítica operan como garantes del '*orden establecido*', confundido muchas veces con el Estado, con las '*instituciones democráticas*', con '*el mundo libre*', con el '*orden*' de la civilización occidental.

En ese contexto de las últimas décadas del siglo pasado, que lejos de mejorar se torna más dramático, surgieron con ímpetu en los '*terceros mundos*' las prácticas de *Liberación* como contrapartida de la dependencia técnica, económica, política y cultural.

Y fue y sigue siendo momento de conciencia de que a la Liberación de la dependencia no se llega sino por la radical reforma o plena sustitución de determinados modelos de economía y sociedad, causa cierta del empobrecimiento económico, de la subyugación política y de la opresión cultural, como afirma el teólogo José Comblin (1983):

A manera de glosa, conviene aclarar que el concepto de Desarrollo y sus problemas nació en la década de los años 50. El concepto de 'subdesarrollo' apareció en las mismas circunstancias. Una crítica a las teorías y a las políticas de desarrollo promovidas por la economía dominante y sus portavoces –como W. W. Rostov-, apareció también en la misma época. Es decir, que desde el momento de su aparición, el concepto de desarrollo y sus teorías encontraron una crítica teórica y una oposición práctica. La crítica fue promovida, por ejemplo, por la escuela estructuralista de la CEPAL. También autores cristianos de gran prestigio como el dominico Lebrét, Peroux o Colin Clark levantaron voces de crítica fundamentales que perduran hasta hoy.

De hecho, la ONU colocó la década de los 60 bajo el signo del desarrollo. Sin embargo, nadie contestó el fracaso de las iniciativas tomadas en esta época en la onda de la teoría económica dominante en las naciones de desarrollo, por ejemplo, la '*Alianza para el Progreso*'. Las Conferencias Internacionales de Ginebra (1964), Nueva Delhi (1968) y Santiago de Chile (1972), lograron mostrar únicamente el desacuerdo fundamental entre el mundo del desarrollo y el subdesarrollado, y la imposibilidad de definir un plan internacional de desarrollo.

Las encíclicas '*Mater et Magistra*' (Juan XXIII, 1961) y '*Populorum Progressio*' (Pablo VI, 1967) manifestaron la preocupación de la Iglesia Católica por el problema del desarrollo y enunciaron críticas a los modelos aplicados en ese tiempo y promovidos por las agencias internacionales,

bajo el patrocinio de las teorías dominantes en las universidades del mundo subdesarrollado. Las encíclicas oponen un desarrollo puramente cuantitativo y material a un desarrollo plenamente humano, o sea, social, político, cultural y moral, ético.

A partir del año 1966 y siguientes, el tema del desarrollo fue reemplazado en buena parte por el de la '*Liberación*' o revolución de las izquierdas políticas. Apareció entonces el dilema: Revolución o desarrollismo, y el programa: primero revolución, después desarrollo.

La crítica al modelo de desarrollo se confundió con el llamado a la revolución. Ya no se trataba de buscar otro modelo de desarrollo, sino más bien de sustituir esa preocupación por otra prioritaria: la Liberación. El desarrollo quedaría postergado hasta después de la revolución de la Liberación.

Ese era el punto de vista 'foquista' que tendió a prevalecer en las izquierdas latinoamericanas a partir de 1966.

Sin embargo, poco a poco y definitivamente a partir de 1973, las perspectivas de una Liberación cercana desaparecieron. "Al mismo tiempo, aparecieron los primeros efectos de las políticas de desarrollo aplicadas autoritariamente por los gobiernos militares, dentro de sus programas de 'seguridad nacional' (Didascalía, 1983, p. 15).

3. El desarrollo en el modelo imperante neoliberal y global

El Neoliberalismo internacional

Tras los acontecimientos sucedidos en Europa oriental en la última década del Siglo XX, se ha pretendido nivelar el fracaso de los socialismos históricos con la crisis o caída del marxismo, con el fracaso del comunismo y con el alejamiento sin retorno del ideal social en la esfera de la economía.

En ese río revuelto se ha intentado pescar que los ideales éticos de lo social y de la socialización fracasaron definitivamente; o que grandes principios de la *Teoría Crítica de la Sociedad* se demuestran hoy filosóficamente insostenibles o socialmente falsos. Niveladas perversamente así las cosas, se abre el camino para que se proclame sin pudor la entrada en el futuro y "el final de la historia" –según Francis Fukuyama (1990), por la supremacía indiscutible de la ideología liberal capitalista, sin otra alternativa que pueda ser su antítesis.

Se proclama, además, que las causas de la caída de los

socialismos históricos son metafísicas, necesarias e inexorables según la dialéctica hegeliana de la historia –la absorción de la tesis en su contraria-, sin que la tesis neoliberal conozca nueva antítesis. Por ello, el mundo habría alcanzado la *escatología* o consumación final, en tanto que a los pobres y marginados se les mata por siempre su Esperanza, como en el pórtico siniestro del infierno de Dante en su “Divina Comedia”. Los socialismos habrían sido precursores defectuosos del Sistema perfecto que sería el Neoliberalismo ideológico, el Neoliberalismo económico y la nueva Derecha política.

El Neoliberalismo ideológico retrocede por detrás del concepto de *Persona* relacional y comunicativa, y redefine a hombres y mujeres en términos de *individuos*, natural y socialmente incommunicables e incommunicados, cuya interrelación sólo sería posible en planos contractuales para la conformación del Estado, de grupo, de asociación, de agremiación o de empresa, con un propósito de acción funcionalizada dirigida por fines de éxito y de lucro.

Esos espacios '*contratados*' constituyen tan sólo medios para la realización individual del '*Thymos*' o pasión desenfrenada e irrefrenable por el '*éxito*', por el triunfo, por el ser tenido en cuenta, sobresalir, llegar a la '*calidad total*' y al '*reconocimiento*' perfecto, sin que semejante pasión humana incontenible pueda ni deba ser atemperada con principios éticos previos a la lógica misma del diseño.

La libertad humana plena, entendida apenas como *ausencia de toda coacción o inhibición*, corona la propuesta de esta antropología neoliberal.

En su dimensión neocapitalista economicista, esta ideología vigente no sólo sustrae la lógica de la economía del imperio de la razón, de la anticipación y de la previsión, sino que refuerza el recurso *smithniano* a la '*mano invisible*' para regular –fuera de toda lógica y razón- los complejos factores de la economía: oferta y demanda; demanda y precio; precio justo y límites de ganancia; ganancia y costos de producción; costos de producción e inversión; inversión e intereses; intereses de ahorristas y tasas de prestamistas; inflación y equilibrio entre lo que se debe, lo que se compra y lo que se vende.

Que se revelen las preferencias del comprador y que una '*mano invisible*' regule la oferta, la demanda y los demás índices económicos, había dicho Adam Smith, en sustitución de los principios éticos de razón por la sinrazón de la '*mano invisible*'.

Que el principio moral regule la relación entre producción económica y el reparto justo, había dicho John Stuart Mill en un acto de lucidez que lo honra en la historia.

Que el equilibrio del mercado y el orden de la justicia

derive de una ecuación real y casi matemática por la cual todos los consumidores puedan gastar sus ingresos según sus preferencias, todos los productores vender sus productos y el gasto de los consumidores equivalga al ingreso de los productores, habían dicho Walras y Pareto.

Que el equilibrio del mercado, la justicia y la consiguiente paz social se aseguren por la extinción de la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción económica, así como por la abolición paulatina del Estado y de las clases sociales, había dicho Karl Marx. Que el equilibrio del mercado, la paz y la justicia sean reguladas por la institucionalidad del Estado mediante leyes regulativas de la economía, normas impositivas, justicia redistributiva, inversión social y sustitución de importaciones, había dicho John Keynes... Viejas excusas para un desencuentro ético radical, que explica certeramente el filósofo germano-costarricense Franz Hinkelammert (1996):

En el mismo momento en que colapsó el socialismo histórico, colapsó también en grandes partes del Occidente burgués el capitalismo de reformas que había sostenido ser la verdadera alternativa al capitalismo salvaje anterior y al socialismo soviético. Este capitalismo de reformas había puesto, junto a la '*mano invisible*' de Adam Smith, la mano visible de Lord Keynes. Ahora el capitalismo retiró la mano de Keynes y se volvió a presentar como el '*capitalismo salvaje*' que había sido. En este mismo momento la teoría económica neoliberal radicalizó la teoría económica neoclásica; se puso más escéptica y mucho más agresiva. Adam Smith, que hasta entonces había sido encubierto por pensadores economistas más bien reformistas –desde Marshall a Keynes–, volvió a aparecer como el gran clásico del pensamiento económico, cuya '*mano invisible*' conduciría el destino del mundo hacia '*el mejor de los mundos posibles*'. No obstante, los gritos triunfalistas son más bien artificiales. Uno de los que gritó con más ruido, Francis Fukuyama, era un funcionario del Departamento de Estado norteamericano, encargado de producir optimismo (pp. 116-117)

Sólo que la '*mano invisible*', en esta versión última del capitalismo, se llama '*katalasia*', término griego que nombra la suerte, el azar, el juego de lo imprevisible sin posibilidad de predicción ni de anticipación, otra vez en la antípoda de la lógica de la Ética y del control de la razón.

El mercado, como juego de azar produce de modo inevitable muy pocos ganadores y multitud de perdedores a quienes no les asiste razón alguna para sus reclamos de justicia social, redistribución, gravamen a la ganancia para redistribuir entre los perdedores y vencidos.

Según los consensos de la biblioteca neocapitalista,

conceptos como justicia social, beneficio común, redistribución y Estado benefactor con los débiles y desprotegidos pertenecen al lenguaje económico del 'parque jurásico', y a los pocos sobrevivientes de un socialismo histórica y científicamente derrotado.

Por lo anterior, el tercer eslabón en la lógica del Neoliberalismo ideológico y del Neocapitalismo económico es la nueva Derecha política con sus postulados inevitables de recorte sustantivo del Estado, renuncia decisiva a su pretendida conducción de la economía y, sobre todo, desmonte de políticas de beneficio social, redistribución del ingreso y régimen de subsidios. La nueva filosofía del Estado se define ahora en los horizontes de la denominada “*comunidad liberal*”, según Ronald Dworkin (1996), cuyo precepto político es la *privatización*, su presupuesto ideológico es el *individuo* y su correlación de mercado es la irracional '*mano invisible*', en su nueva versión de '*juego imprevisible del azar*'.

Quizás nunca antes la violencia y la injusticia inherentes al Sistema habían excogitado una estructuración total filosófica, política y económica tan desafiante de los valores éticos universales y del derecho de los pobres al reconocimiento y a la equidad. El desafío de la ideología neoliberal reta a la reserva ética de la sociedad y al cuerpo teológico del cristianismo, como ha sido establecido con penetración y sabiduría por mi compañero jesuita Alberto Múnera en su “Aproximación crítica teológica a los fundamentos teóricos del Neoliberalismo en Friedrich A. Von Hayek” (2002).

Y todo esto es porque Schumpeter, puesto un día en oficio de 'profeta', vaticinó que el capitalismo internacional sobreviviría, a condición de que supiera dar razón de sí mismo. Efectivamente, hoy el brioso capitalismo internacional galopa a sus anchas por el vasto mundo, y a fe que ha dado cuenta de sus siniestros principios fundantes y también de sus decepcionantes resultados. Es así como vemos que la reforma financiera del Presidente Barak Obama, hecha ley hace pocos meses, es un intento por atenuar el impacto que el Neoliberalismo —anti-ético por naturaleza!- ha venido produciendo sobre la sociedad mundial indefensa y sobre los Estados más desarrollados, que terminaron pagando con dinero de los ciudadanos los siniestros manejos especulativos e irracionales del sistema financiero colapsado en Wall Street.

El libre mercado

La mundialización del modelo único de mercado tiende hoy a la unificación de la humanidad en términos de productores y consumidores, vendedores y compradores, ahorristas y prestamistas, empresarios y trabajadores, técnicos y usuarios, en una 'fraternidad universal' sin fronteras que, en el 'escatologismo' hirsuto de Fukuyama, jamás había logrado sistema, cultura o religión alguna. El 'milagro' de la unificación global de la humanidad dispersa sería obra del 'libre mercado' por encima de barreras y fronteras, de credos y culturas.

¿Quién, que quiera escapar a la pura satanización del modelo vigente de economía y sociedad, dejará de reconocer los innegables aciertos y beneficios del modelo mismo?

Porque los conglomerados humanos nacionales e internacionales van superando sus habituales comportamientos de islas cerradas y enfrentadas que producen todas lo mismo, consumen lo mismo, repiten todas los mismos e idénticos procesos sin posibilidad de innovación, de crecimiento real y de expansión, de intercambio de visiones, de tecnología, de ahorro sustantivo en las fases mismas de la producción. El ocaso de la fragmentación es mérito de la globalización de los mercados, como se practica hoy a gran escala en la Unión Europea y a escala incipiente en la proyectada Alianza de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y, en su defecto, en los Tratados de Libre Comercio (TLC),

en el Mercosur, en la débil Comunidad Andina de Naciones (CAN) y similares en este hemisferio y en el mundo.

La competitividad real, la calidad y la excelencia de productos, bienes y servicios comienzan a ser realidad a partir del desmonte de barreras comerciales y de aranceles con las que se castigó el producto o servicio extranjero, castigo que lo tornó no competitivo con el producto nacional, por lo general monopolizado, malo, escaso, caro, impuntual, ineficiente, negador de la libertad de elegir (Milton Friedman, 1980, pp. 63-104).

El mercado, ligado antes en exceso al intercambio de productos perecederos según la teoría de las ventajas comparativas, se amplía hoy hacia el mercado de capitales, grandes inversiones transnacionales, transferencia de tecnología e información con que se innova y se expande toda la producción. Ello supera los ciclos insípidos del 'eterno retorno', por los que se compró lo que se consumió y se consumió lo que se compró, con claros indicios de pobreza no sólo comercial, sino mental y espiritual.

Por lo demás, la reducción de las dimensiones del Estado y de su desaforado intervencionismo da por resultado la llamada desregulación de la economía, controlada antes por el Estado centralista, alcabalero, burócrata e ineficiente, y cede el paso a la libre actuación de los particulares en una economía de libre mercado. La privatización no es del todo ajena al legítimo derecho de los particulares y de los asociados para generar empresas productoras de riqueza, de bienes y de servicios que, en última instancia, crean crecimiento, desarrollo y superación de la pobreza.

El desmonte de las economías de beneficencia es, por lo demás, reclamo imperativo a la responsabilidad de quienes, por su atraso y su carencia, perpetúan su condición y posiblemente disfrazan su pereza so pretexto de pobreza y consiguiente reclamo de políticas de subsidios o de entera gratuidad, de previsión social sin aportes previos del particular, de formas de vida a cargo del Estado, es decir, a costa de la eficiencia y de los exitosos resultados ajenos.

Pero, sin ceder tampoco a las apologías acrílicas del modelo de economía y sociedad vigente, ¿quién puede ocultar la gravedad de sus efectos, la perturbación social que lo acompaña y la decidida anti-Ética que le es congénita?

Porque, en tanto que los países y conglomerados pobres abren de par en par sus puertas y sus puertos a la gran producción de servicios, bienes y capitales del mundo rico, éstos imponen toda traba posible a la presencia real en sus mercados de los productos, bienes y servicios del inmenso mundo de países marginales, a quienes se advierte paradójicamente que su única posibilidad de supervivencia reside en el mercado internacional. Así, nuestros países se ven literalmente inundados de productos extranjeros, entidades financieras y aseguradoras extranjeras, capitales extranjeros, educación foránea, pauta televisiva extranjera, sin que se demuestre que haya contraprestaciones compensatorias reales en justicia y equidad.

El eterno ahogamiento de los países marginales por causa de la deuda externa conoce hoy un nuevo agravamiento por fuerza de la presencia de capitales '*golondrina*'. Sin inversiones sólidas y duraderas en los países de acogida, que puedan garantizar impacto benéfico en la estructura económica y social, esos capitales tráfugas vuelan —como las golondrinas— con jugosos intereses de un país necesitado a otro poderoso para perpetuar en todos el ciclo permanente de la usura y del tráfico transnacional. La crítica razonada a la '*confianza inversionista*' del Presidente Álvaro Uribe tiene pleno fundamento y no persigue descalificar su excelente gobierno.

Además, la rica, experimentada y bien subsidiada industria agropecuaria de los

países ricos no puede ser punto de referencia y de equitativa competencia con los precarios sistemas de siembra, recolección, manufacturación y empaque en los conglomerados secularmente marginados. La equidad de las dotaciones iniciales que aseguren una competencia real en el plano de la agroindustria, no puede suponerse entre ricos y pobres, pese a los descomunales esfuerzos que por educación, tecnología, desarrollo de infraestructura y programas sanitarios y fitosanitarios se exige hoy a países y conglomerados marginales con toda la ingente inversión que ello supone.

Cabe, además, temer que para países pequeños y pobres –como el nuestro– llegase a resultar mejor comprar el producto, bien o servicio antes que producirlo, con la consiguiente parálisis de los tímidos procesos de industria y de comercio, índices insoportables de desempleo y subempleo, y empobrecimiento ulterior en que resulte peor la medicina neoliberal que la congénita enfermedad del atraso y de la frustración.

Es bien sabido que la ausencia de ocupación productiva en sus conglomerados de origen es causa del impresionante fenómeno del desplazamiento, de la emigración, del número descomunal de nómadas internacionales, de indocumentados, de ilegales, privados todos de patria y de cultura, de familia y de afecto.

Y si es verdad palmaria que no se puede repartir la pobreza y es menester generar la riqueza antes de distribuirla, también es verdad rotunda que de la globalización, mundialización e internacionalización de las economías en el libre juego del mercado cabe esperar ganancias descomunales para quienes ya poseen, juegan el juego del mercado, ganan cuando ganan y ganan cuando pierden, en un medio dramáticamente darwinista que asegura éxito a quien siempre ha tenido éxito y agrega fortuna a quienes siempre la tuvieron.

Las especies humanas menores, al decir de García Márquez, son estirpe condenada a 'cien años de soledad' sobre la tierra...

Por lo demás, el retroceso del Estado por detrás de sí mismo y las nuevas dimensiones en que lo sitúa la Gran Sociedad, no pueden ser regla universal para conglomerados humanos que asistieron de siglos atrás a verdaderos procesos de socialización de la salud, de los servicios y de la educación públicos, y para sociedades marginadas a las que se les obliga a definirse y a actuar en la lógica del gran capital, antes de todo proceso de socialización que mire en especial las necesidades abismales de la inmensa mayoría de su población.

El papel del Estado no puede ser el mismo en Brasil que en Francia, en México que en Suiza, en Dinamarca que en Cundinamarca:

La clase social rica, poderosa ya de por sí, tiene menos necesidad de ser protegida por los poderes públicos; en cambio, la clase trabajadora, al carecer de apoyo propio, tiene necesidad específica de buscarlo en la protección del Estado. Por tanto, es a los obreros, en su mayoría débiles y necesitados, a quienes el Estado debe dirigir sus preferencias y sus cuidados (León XIII, 'Rerum Novarum', 1891, citado por Juan Pablo II [en](#): 'Centesimus Annus', No. 10).

La integración Sur-Sur

La nueva semblanza política y social que hoy surge en el inmenso Sur de América (Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Nicaragua), no puede ser etiquetada con ligereza de populismo simple y llano. El hemisferio Sur mundial debe reforzar sus propias responsabilidades del lado de quienes viven y padecen en el frustrado Sur, sin que pueda hacerse un rodeo para transitar irresponsablemente por el camino del Norte.

La urgencia del momento es una plena conciencia de los valores, posibilidades y alternativas que se ofrezcan al Sur empobrecido para ser él mismo y para avanzar en dirección, no simple y llana de los ideales del Norte desarrollado, sino en pos de la justicia, de la equidad y de la fraternidad.

En el Sur latinoamericano, asiático, africano y aun europeo vuelve a tener plena vigencia y vigor la propuesta general de la Liberación. En lugar de desvanecerse o de mantenerse como propuesta regional, la utopía de la Liberación ha devenido cada vez más actual y más abarcante de cuanto pudo significar en sus orígenes.

El hemisferio Sur y, particularmente América Latina, está siendo convocado por la historia y la fuerza de los hechos a una integración real de sus economías, de sus políticas y de sus culturas. En los actuales intentos sobresalen el Mercado Centroamericano, la Comunidad Económica del Caribe, la Comunidad Andina de Naciones y Mercosur, el Grupo de los dos, el ALBA.

Esos alineamientos, inspirados en la Unión Europea, no niegan que los pactos de integración llevan la marca indeleble de los desarrollismos, de la lógica del mercado y de las propuestas de la 'apertura' neoliberal.

Pero en ese plano de la integración continental deberá darse paso hacia los ideales profundamente liberadores de creación de la comunidad continental, de establecimiento de la fraternidad entre países de nuestra Patria Grande, entre pueblos que tienen en común sus problemas, su cultura, sus riquezas naturales, sus comunes orígenes, su fe cristiana y sus destinos inseparables.

En semejantes contextos, el pobre y su pobreza ha llegado a ser el hecho mayor, no sólo como víctima, sino también como actor social, en cuanto por él pasa la generación de nuevos derroteros históricos.

Hoy se refuerza más esa autoría histórica del pobre por la generación de elementos primordiales como creación de riqueza humana; formas de economía solidaria; formas de organización popular; formas de simbolización y expresión mitológicas y sapienciales; modos de educación alternativa; reforzamiento de las culturas propias, débiles económicamente, pero llenas de humanismo y de piedad.

El '*Tercer Mundo*' conformado por inmensas mayorías populares y pobres, tiene que mostrar hoy más que nunca, que el discurso sobre la pobreza y el pobre y las opciones políticas y pastorales de décadas anteriores no se aclimataron en ideologías revanchistas de izquierda, sino **en la responsabilidad ética ante la historia**. Es que los despistados y los maliciosos proclamaron, a la mañana siguiente de la 'caída del socialismo' del Este, el final del discurso religioso y social sobre el pobre y el desbarajuste definitivo de la praxis y teologías de la Liberación:

La crisis del marxismo no elimina en el mundo las situaciones de injusticia y de opresión existentes, de las que se alimentaba el marxismo instrumentalizándolas. A quienes hoy buscan una nueva y auténtica teoría y praxis de Liberación, la Iglesia ofrece no sólo la doctrina social y, en general, sus enseñanzas sobre la persona redimida por Cristo, sino también su compromiso concreto de ayuda para combatir la marginación y el sufrimiento. La derrota del socialismo no deja al capitalismo como único modelo de organización económica. (Juan Pablo II, 1991, Nos. 26 y 35).

Conclusiones

Los tratadistas no confunden la Ética con los modelos éticos ni los economistas confunden la economía con los modelos económicos. Pero tanto eticistas como economistas deben convenir en que los modelos son las concreciones empíricas de organización práctica, y que cada modelo o paradigma ético o económico se funda en una determinada constelación de valores, de maneras de pensar, de urgencias, de enfatizaciones, de prioridades, de problemas resueltos y también de oscuridades.

Cada modelo tiene su propia repercusión ética que debe ser valorada según afecte al hombre, su dignidad, la justicia, el Bien Común, el recto ordenamiento social. En particular, la **Ética del Desarrollo Humano** en su nivel de *lección* no puede levantarse como principio teórico por sobre las *cuestiones* vitales extremas, que plantea la miseria de la que hemos denominado realidad real.

Al menos en la Casa de Santo Tomás de Aquino –lo dijimos desde el comienzo– no puede levantarse la '*lectio*' sin el drama de la '*quaestio*'. Y cuando se trata de *cuestiones* de *Desarrollo Humano*, social y económico, afirma Amartya Sen: “Hay buenas razones para concebir la medición de la pobreza no como un ejercicio ético, sino como ejercicio descriptivo” (1980, p. 32).

Es eso lo que hemos intentado en esta exposición académica: Mostrar que el drama de la *anti-vida* y de la *anti-razón* o sinrazón de los actuales modelos de nuestro desarrollo es el que puede ofrecer método y medida a aquello que este *Congreso Nacional* quiere evaluar como *Ética y Desarrollo Humano*. Yo espero haber aportado la materia prima para una composición ética.

Mi comunicación puede dejar en mi auditorio la sensación de planos

descriptivos oscuros en exceso. Confieso que yo mismo sucumbiría a la desesperanza, si me faltaran motivos para suscribir “*Das Prinzip Hoffnung, El Principio Esperanza*” que con tanta sabiduría trazó Ernst Bloch (Cf. 2006). Y aun entonces, el Principio Esperanza debe atemperarse con “*El Principio Responsabilidad, Das Prinzip Verantwortung*” de Hans Jonas (1995), porque sólo podemos esperar aquello que responsablemente debemos preparar a partir de hoy para el mañana.

La incontenible acción del Espíritu en la historia, los nuevos horizontes de la humanidad y, por cierto, las generaciones jóvenes –universitarias y populares como ustedes– descartan por sí mismos la ingenua apocalíptica neoliberal que anticipó la trompeta del ‘*final de la historia y del último hombre*’ de Fukuyama, con que se quiso negarnos el derecho a seguir “*esperando contra toda Esperanza*” (Rom 4:18).



Referencias

- Bolívar, S. (1951). *Obras Completas*. Barranquilla: Librería Nacional. Tomo II
- CELAM. (1968). *II Conferencia del Episcopado latinoamericano (Conclusiones)*. Medellín.
- Comblin, J. (1983). *La nueva práctica de la Iglesia en el sistema de Seguridad Nacional*. En: Revista Didascalía.
- Dworkin, R. (1996). *La comunidad liberal*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Friedman, Milton y Rose. (1980). *La tiranía de los controles*. En: *La libertad de elegir: Hacia un nuevo liberalismo económico*. Barcelona: Grijalbo.
- Fukuyama, F. (1990). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- Gutiérrez, G. (1988). *Dios o el oro de las Indias*. Lima: CEP.
- Hinkelammert, F. (1996). *El mapa del emperador*. San José de Costa Rica: DEI.
- Juan Pablo II. (1991). *Carta encíclica 'Centesimus Annus'*. Roma: Editrice vaticana.
- López de Mesa, L. (1975). *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Medellín: Bedout
- López Michelsen, A. (1974). *La estirpe calvinista de nuestras instituciones*. En: *Los últimos días de López y otros escritos*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular.
- Mendoza Morales, A. (1980). *La Colombia posible*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Múnera, A. (2002). *En las fuentes del Neoliberalismo: Aproximación crítica teológica a los fundamentos teóricos del Neoliberalismo*. En: Friedrich A. Von Hayek. Bogotá: Publicaciones editores.
- Nariño, Antonio. *Documento colonial de 1795*.
- Pablo VI. (1967). *Carta encíclica 'Populorum Progressio'*. Roma: Editrice vaticana.